

» mi propia casa me sucede y estoy tocando por mí
 » mismo. Yo noto un aire de recato, de extrañeza,
 » ó sea tambien de falsedad que no me es fácil ex-
 » plicar, en cuantos por su empleo ó su dignidad

contra Bonaparte, en cuanto hubiesen conocido su per-
 fidia. Él mismo lo sabia, lo que aun podria la España en
 contra suya, cuando escribiendo al príncipe Murat en
 29 de marzo (que es bueno repetirlo en este sitio) le de-
 cia : « El príncipe de Asturias no tiene ninguna de las
 » cualidades que son necesarias al gefe de una nacion ; pe-
 » ro esto no impediria que lo trasformasen en un héroe
 » para oponérnosle. Yo no quiero que se use de violencia
 » con los personages de esta familia : jamás conviene ha-
 » cerse odioso ni inflamar los odios. *La España tiene*
 » *mas de cien mil hombres sobre las armas, mas que lo*
 » *necesario para mantener con ventaja una guerra inte-*
 » *rior : divididas estas fuerzas en muchos puntos, pueden*
 » *servir de núcleo para el alzamiento total de la monar-*
 » *quia....* La Inglaterra no dejará perderse esta ocasion
 » de multiplicar nuestros embarazos; todos los dias despa-
 » cha avisos á las fuerzas que tiene en las costas del Por-
 » tugal y en el Mediterráneo, y al presente está alistando
 » sicilianos y portugueses.... El ejército deberá evitar to-
 » do encuentro con los cuerpos del ejército español y has-
 » ta con sus destacamentos; no conviene que de ninguna
 » de las dos partes se queme ni tan solo un cebo. Dejad á
 » Solano pasar de Badajoz adentro; dad vos mismo la indi-
 » cacion de las marchas de mi ejército, para tenerle siem-
 » pre á una distancia de muchas leguas de los cuerpos es-
 » pañoles. *Si la guerra se enciende, todo seria perdido.* »

He aquí bien, lector mio, si mis medios eran bastan-
 tes para poder haber salvado mis reyes y mi patria, lo
 que yo buscaba, lo que yo preveia; lo que no quisieron
 ver mis enemigos, los que entregaron á sus reyes y á su
 patria en poder de Bonaparte.

» se encuentran en contacto conmigo ó con la rei-
» na; á los que menos, los veo mustios y callados,
» y las personas mismas de nuestra servidumbre pa-
» recen consternadas. He preguntado á Caballero, y
» me responde siempre, fortaleciendo su opinion,
» que no hay nadie que no tema una gran ruina si
» me alejo de mi asiento. Esto seria muy poco, si
» contára al menos ciertamente con Fernando; pero
» su tio me lo pervierte. Su tio está en contra del
» viage, y tiene relaciones muy secretas con Beau-
» harnais. Esto no lo sabias; yo lo he sabido poco
» hace: ahora no será Escoiquiz, sino un hermano
» mio, el que divida mi familia. Yo veo á mi her-
» mano que conspira en contra mia, tal vez sin que
» él se lo imagine; tan corto es su talento. Dos ve-
» ces me ha perdido ya el respeto, me ha dicho que
» estoy loco, y que insistiendo en ausentarme, val-
» dria mejor que renunciase la corona. ¿Qué habré
» de hacer con ese hermano? El ruido que traeria
» cualquier medida fuerte que tomase en las pre-
» sentes circunstancias, seria peor que la paciencia
» con que lo estoy sobrellevando: todo mi afan es
» que se ignoren fuera del palacio estos disgustos.
» Yo necesito algunos dias para ver si puedo concor-
» dar mi casa. Ve tú á Madrid, y haz allí tu turno
» de semana como de ordinario, dispónlo todo con
» prudencia y observa bien los ánimos: cuando vol-
» vieres partiremos, si no ocurriese un gran motivo
» poderoso para mudar consejo. »

El corazón penado salió para Madrid: el consejero Izquierdo quedó en Aranjuez en donde el rey me dijo que podría necesitarle todavía. Yo me creí que su intención sería, que el príncipe de Asturias y el infante don Antonio oyesen el mensaje y lo supiesen de la boca del mismo mensajero, para lo cual no convenia que me encontrase yo presente. Mas por desgracia no fué esto. El rey pensó que habiéndose encargado á Izquierdo un gran secreto en su mision, y que tan solo hablase con S. M. acerca de ella, no convendria fiarlo ni á su hijo ni al infante, no fuera que abusasen de aquella confianza, y se supiese en la embajada; error, error en tales circunstancias, en que importaba mas que todo abrir los ojos con pruebas en las manos á los que estaban engañados. El detener á Izquierdo fué que tenia intención S. M. de confirmar por una carta suya las respuestas de palabra que á aquel se le encargaron, y suavizar al mismo tiempo con palabras de amistad la resistencia que se hacia á las descomunales pretensiones del mensaje. Callóme aquella idea por el momento y consultóla con Izquierdo, el cual la halló oportuna para poder probar mas fácilmente á Bonaparte la actitud pacífica en que quedaba el rey, y para no dejarle ni aun pretexto para estimarse desairado, por mas que fuese justo no acompañase el rey con carta alguna sus respuestas, no habiendo aquel escrito por su parte al enviarle aquel mensaje, dirigido expresa y exclu-

sivamente á su persona. Y á la verdad no era ya aquel un tiempo de etiquetas, cuando las realidades eran tantas y tan graves.

Despachado ya Izquierdo y en camino para Francia, detúvose en Madrid algunas horas para hablarme, mostróme aquella carta y entregóme otra del rey en la que me contaba los motivos de escribir á Bonaparte, y me decia que no olvidase enviar la mia. La de S. M. estaba escrita con mucha dignidad, mezclada de templanza y de cordura; breve, mas conteniendo como en trazo de un fino colorido cuanto debia decir Izquierdo de palabra mas extensamente, y aun añadiendo especies que eran mas propias y mas graves en boca de un monarca que en la de un legado. Quanto á la mia, no es fácil explicar cuanto me ví apretado entre mi repugnancia en darle curso y el mandato de mis reyes. Ni Izquierdo sabia nada ni debia saber en cuanto al motivo de enviarla. Se la mostré como una idea que á mí me habia venido; é Izquierdo, siempre ingénuo y siempre buen amigo, hízome en contra de ella las mismas reflexiones que yo me hacia á mí mismo. Siendo muy conveniente que Izquierdo no llamase la atencion en la embajada de la Francia y que partiese aquella noche, díjele por el pronto que se llevase aquella carta, que podria consultar ó tantear acerca de su objeto al mariscal Duroc y al príncipe de Benevento si lo llegaba á juzgar útil; pero que no lo biciese, ni menos la entregase,

mientras no le enviara nueva orden para hacerlo, que lo queria pensar mas á mi despacio, y que entre tanto la guardase con la mayor reserva. Izquierdo partió luego, y aquella misma madrugada escribí al rey cuantas razones me vinieron á la mente para que desistiese de la idea de la tal carta, tomé las precauciones convenientes para que el pliego se entregase al rey cuando estuviese solo, y tuve la fortuna y el contento de que, cediendo á mis razones, me dejase en libertad de hacer lo que quisiese, salvo que ni la reina ni la infanta comprendiesen que se habia mudado de propósito. Tenida esta respuesta, despaché un alcance á Izquierdo y recogí mi carta, la cual no pasó el Ebro (1).

(1) Por lo que dejo referido hasta aquí acerca de esta carta, de su contenido, del motivo de haberla escrito, y del retiro que hice de ella, podrán hallar mis lectores la explicacion de las especies relativas á esta misma carta que se contienen en los documentos número XVI, CXXVII, y CXXX, de las *Memorias* de don Juan Llorente, los cuales se insertarán al fin de este tomo como piezas justificativas. Mis lectores hallarán en lo que tengo referido la explicacion de otra especie que se encuentra en dos de las cartas de la reina de España doña María Luisa al gran duque de Berg, donde dice á éste "que »habia yo escrito una carta al emperador pidiéndole un »asilo, si bien recelaba que Izquierdo no la hubiese puesto en sus manos, sospechosa como se hallaba de la buena fé de aquel consejero." La reina no sabia que con acuerdo de su real esposo la habia yo recogido.

No me es fácil dar idea de lo que fueron para mí aquellos tristes dias que pasé en Madrid, si no es que los compare con la luz de un sol pajizo y engañoso tras el cual se arrima la tormenta. Puedo decir que no observé señal alguna á lo exterior de la trastoutacion que tan cercana andaba. En uno de estos dias me trasladé desde mi casa, sita en el Barquillo, hasta el Almirantazgo, á pie, sin otra comitiva que mis edecanes, sin ninguna guardia, y debí al pueblo de Madrid las mismas atenciones con que me honraba de ordinario. Mi casa estuvo abierta á todo el mundo como siempre, la concurrencia fué la misma que era antes, de toda clase de personas; solo ví en ella algunos hombres que, por mostrarse placenteros y corteses mas que nunca dejaban ver no ser amigos. Los consejeros de Castilla fueron á visitarme casi todos, y advertidos por mí de la afliccion del rey y de la posicion equívoca en que se hallaba el reino con respecto á los franceses, como tambien de los enredos y mentiras que se urdian en la embajada de la Francia para engañar á los incautos, me ofrecieron su leal concurso á las medidas que adoptase el rey, con expresiones, muchos de ellos, tan resueltas y vehementes, que aun hoy mismo no dudo que eran sinceras sus promesas, si bien despues, bajo otras influencias del momento, hubiesen desmayado y no atrevídose á cumplirlas. [En las demas autoridades y personas elevadas por sus puestos hallé no pocas muestras de

la benevolencia y agasajo que estaba acostumbrado á merecerles. Muchos tambien , de un mirar solamente de sus ojos , dejáronme advertir sus inquietudes y su pena , pero en aquella posicion tan escabrosa en que me hallaba , no me era dable todavía abrir mi corazon sino á muy pocos. Mis pasos, mis acciones, mis palabras las mas indiferentes, hasta el sonido de mi voz y la color del rostro, se acechaban por mis enemigos disfrazados de mil modos. De aquella infame policia estaba el centro y la oficina principal frente á los *Mostenses*, bajo la inmundidad del extranjero. Mis fuerzas eran desiguales hasta en esto; yo no tenia ninguna policia que consistiese en espionage y delaciones (1).

(1) De esto dejé ya hablado en otro lugar: tal vez fué un grande error de mi parte no haber establecido un sistema de policia de aquel mismo género que la habia en Francia y en tantas otras de las principales naciones de Europa; pero pudo mas en mí el respeto, la lealtad y el afecto con que yo miraba y deseaba conservar el noble carácter del pueblo castellano, aquel hermoso orgullo nacional, y aquella elevacion de sentimientos, mas que heredada, innata, incompatible enteramente con los manejos y las artes de un régimen secreto é insidioso.

Diran algunos que en diciembre de 1807 se estableció una *superintendencia general de policia para Madrid, su jurisdiccion y rastro*. Sí, y este fué el solo miedo que se puso á la manida de traidores que vendieron la patria. Pero aquella medida limitada á Madrid solo, no era nueva, ni tenia nada semejante á las que luego han sido vistas y sufridas en Madrid y en todo el reino,

Cuanto al estado de Madrid, por todos los informes fidedignos que me fueron dados, el pueblo estaba en calma y en expectacion de los sucesos, con una plena confianza de que el emperador vendria de paz : muchos, pensando en un reinado nue-

Venia de muy antiguo, del reinado del señor Cárlos III, y habia sido suprimida por su hijo Cárlos IV, aquel buen rey que amó hasta tanto grado el dulce nombre de padre de sus pueblos. Y aunque la tal magistratura se versase solamente sobre vagos, mal entretenidos y extrangeros, moderóla Cárlos IV, sin dejar nada á lo arbitrario ni á lo odioso. Hé aquí á la letra su decreto de 13 de diciembre de aquel año : « Siendo conveniente restablecer la su-
 » perintendencia general de policia para Madrid, su jurisdiccion y rastro, *que tuvo á bien crear mi augusto padre por real decreto de 27 de marzo de 1782*, sin embargo de lo que previne por mi real resolucion, á consulta del consejo de 16 de mayo de 1792, he venido en
 » nombrar por tal superintendente general de policia á don Ignacio Martinez de Villela, con antigüedad y plaza efectiva en mi consejo real, y con las mismas obligaciones, facultades y jurisdiccion que en el expresado decreto se contienen, el cual se tendrá aquí por inserto,
 » para que se observe en todas sus partes, con la diferencia de que en los casos que sea conveniente representar á mi real persona, para alterar, añadir ó establecer alguna cosa de nuevo, lo haya de ejecutar por la secretaria de estado de gracia y justicia, donde corresponden y se hallan radicados los negocios de policia de Madrid; *por cuyo medio, ó por el gobernador del consejo, podrán representar sus quejas los que se sientan agravados por cualquiera providencia.* — Señalado de la real
 » mano, etc. »

vo por la cesion de la corona que haria el rey para su hijo á persuasion é instancias de su grande amigo y aliado; otros, creyendo que seria asociado por lo menos el príncipe Fernando al solio de su padre, contando unos y otros como cosa cierta ó muy probable mi desgracia y mi retiro. Contáronme tambien que de las clases superiores y mediana no faltaban algunos que temiesen un golpe de perfidia del héroe de la Francia; pero que habia muy pocos, casi nadie, que se mostrasen por la guerra, y ni aun por el retiro del rey y su familia mas adentro. A la verdad no era muy fácil distinguir los que pensaban de este modo; la faccion dominaba ya en Madrid enteramente, y los agentes de la Francia, y el nombre de Fernando siempre en boca, dábanle un gran poder, con el cual en un futuro tan dudoso, no habia quien se estrellase ó quien quisiera hacerlo inútilmente. Contribuia tambien á aquella calma de Madrid, saberse ya por todos la llegada del consejero Izquierdo, que éste habia hablado con el rey directamente, que yo me habia encontrado en esta audiencia, que no se habia notado ninguna novedad en el palacio, ni yo tampoco la habia hecho, y que seguia mi turno de semanas como antes. Esto dió que pensar á la faccion, y si es que en la embajada se sabia (lo que no creo) el verdadero objeto del mensaje, guardó el secreto enteramente. De aquí el temor de muchos, de que Napoleon hubiese variado de sistema, y mucho mas notando,

que era un amigo mio aquel que habia venido y volvía á Francia, sin saber ninguno lo que habria entre manos. Por punto general habia mucha reserva aquellos dias en las tertulias: que en tales casos como aquel, es la costumbre y el mejor consejo el aguardar á ver el tiempo claro. No así en los mentideros ordinarios, donde corrian especies singulares, algunas de ellas harto buenas para alumbrarme entre las nieblas que cubrian los horizontes. Tal fué la de uno que habia dicho, que si por suerte me animase á visitar al príncipe Murat, para lo cual seria invitado, mi vuelta seria tarde, mal ó nunca: feliz aviso para mí, que por tercera vez le habia yo escrito como amigo, por si podia arrancarle alguna luz sobre las intenciones de su carta, y por respuesta á mis tres cartas, contestóme en pocas líneas: «que se venia de paz enteramente, »que no podia fiar explicaciones á la pluma, mas »que podria decirme algunas cosas boca á boca, si »tomaba la pena de hacerle una visita.» ¡Desdichado de mí si hubiese yo caído en aquel lazo! Se hubiera dicho luego que habia ido para vender mis reyes y mi pátria, y guarecerme luego entre las filas enemigas. No pude yo saber quien habia sido el indiscreto que me salvó de tal peligro sin pensarlo; hubiérale premiado largamente. Si á mis crueles enemigos les constaba, como debia constarles, que se me armaba aquella trampa, ¿cómo despues no sospecharon que se armase contra el prin-

cipe de Asturias, presa mil veces de mayor estima que la mia, igual empero en cuanto á la traicion y al menosprecio de las leyes bajo las cuales viven las naciones?

Seria demas el detenerme á referir la multitud de cuentos y disparos que se esparcian en los corrillos; de esto no hacia gran caso despues de cuatro meses que duraba aquel llover y diluviar continuo de mentiras que fraguaban mis contrarios. La sola cosa que llamaba grandemente mi atencion y que affigia mi espíritu sobre toda medida, era el horror que se inspiraba al pueblo contra toda idea de trasladarse mas adentro las personas reales. Se trabajaba sin cesar en apretar los corazones y en hacer concebir como una ruina la sola salvacion y el solo medio que aun quedaba para contener á Bonaparte. Y á la verdad tenian muy gran disculpa tantas personas engañadas de boca de unos hombres que se creia instruidos en todos los secretos y se daban por los ángeles custodios del príncipe de Asturias. De otra parte, las cartas de París, tan estudiadas, que venian, ó que se hacian venir tan á propósito para obcecar á aquellos hombres, y las proclamas de Murat tan lisonjeras, y el susurrar tan grato y tan constante de los agentes y empleados de la legacion francesa sobre las intenciones generosas con que el emperador iba á venir para partir su gloria y sus destinos portentosos con nosotros, todo esto junto hacia mirar, no tan solo como un error, sino tam-

bien como un gran crimen inaudito, destruir aquel aspecto de las cosas tan favorable y tan grandioso que la fortuna nos abria, y cambiar en ira y guerra y servidumbre, cual sucediera en Portugal, la paz y la salud que iba á llegarnos y á comenzar una era nueva para España. Ni mis amigos podian nada, ni yo menos, para quitar las cataratas de los ojos, puesto que se decia que yo era solamente quien corria peligro por parte de la Francia, y que era mi interés sacrificarlo todo á la conservacion de mi poder y mi grandeza. ¡Qué situacion la mia, y qué lección tan grande á reyes y á ministros, para que vivan siempre alerta de las facciones de la corte y tengan siempre mano firme contra ellas!

En tal estado de las cosas, lejos de desmayar en mi opinion y en mi propósito, me dí mas grande priesa á realizarlo, por la necesidad que habia tan grande y tan urgente de que alzase el rey su voz, y la verdad sonase en tiempo útil, y de lugar seguro, á los oidos de sus pueblos. Estaba ya firmando mis postreras órdenes al general Solano y al general Carrafa, cuando me vino un pliego que el rey me dirigia, escrito de su puño, temblándole la mano de alegría aun mas que del tormento de la gota, haciéndome el anuncio de que ya habia hablado con su hijo el príncipe de Asturias, contándole el objeto de la mision de Izquierdo sin reservarle cosa alguna, mostrándole su alma toda entera; su corazon de padre, y lo que habia mandado

responder al que le habia propuesto mudar la sucesion á la corona, si lo juzgase conveniente á su reposo y á la amistad sincera y permanente de la Francia y de la España. Fernando, en fin, estaba convencido de la falsedad de Bonaparte, pronto á marchar y dando priesa él mismo. Decíame el rey que diese ya la órden para formar el campo en Talavera y en Toledo, y que partiese al Sitio.

Salí, no tan seguro del suceso como lo estaba Carlos IV al tiempo de escribirme. Cuando llegué á Aranjuez, no tengo modo de pintar cuál fué la angustia y la afliccion en que le hallé sumido con la reina. S. M. habia encontrado sobre su propia mesa, en el lugar mas aparente, un pliego abierto, fresca la tinta todavía, la letra trabajosa, sin ninguna firma. Decíase en él al rey, que un gran número de sus vasallos, de entre los mas interesados en la conservacion de la monarquía, y en general, cuantos tenian datos y noticias indudables de los grandes sucesos pacíficos que se preparaban por la venida del emperador de los franceses, se hallaban consternados por la resolucion que se cundia haber tomado S. M. de no aguardarle en su corte, retirarse de ella, y poner de por medio un ejército, en vez de recibirle y hospedarle como un amigo que aspiraba á fortificar la union de España y Francia con los vínculos del parentesco; que aquella resolucion, segun todas las apariencias, era mirada por sus fieles vasallos como un resultado

inmediato de la venida de don Eugenio Izquierdo, debiéndose inferir que habria traído á S. M. tales nuevas tan siniestras, que le hubiesen hecho mirar el próximo viage del emperador y el movimiento consiguiente de sus ejércitos como la ejecucion y cumplimiento de un plan atroz de perfidia, puesto en obra contra S. M. y sus reinos; que tales nuevas, si con efecto las hubiese traído, no podian ser otra cosa que una invencion y una grande intriga mia, servida por Izquierdo, para impedir que avistándose el emperador con S. M., pudiese influir aquella entrevista en la disminucion ó en la total pérdida del poder que yo tenia; que don Eugenio Izquierdo, cualesquiera que fuesen las ideas ventajosas que hubiesen podido ser inspiradas á S. M. en favor suyo, hombre oscuro y sin ningunas garantias de su conducta, nada bien quisto en Paris, y tolerado apenas en aquella corte por respeto á la nuestra, no era en la realidad un servidor del trono sino un agente mio particular, introducido de socapa y con achaque del empréstito de Holanda en los negocios diplomáticos, puesto en Paris por mí con el objeto de mantener allí mi influjo, y de neutralizar la accion del príncipe de Maserano, en cuanto se opusiese á mantener mi valimiento en las dos cortes; que á un hombre de esta especie no era bueno creerle de ligero; que entre tantas correspondencias de particulares de las clases alta y media como habia entre españoles y franceses, ninguno recibia

sino noticias favorables cuanto á las intenciones generosas y amigables del emperador de los Franceses, y que S. M. podria satisfacerse, mandando hacer acerca de esto informaciones reservadas á cualquier persona de su perfecta confianza que fuese independiente; que convendria tambien seguir el rastro á Izquierdo, siendo de presumir no habia partido para Francia sino en la apariencia; que se sabia de cierto que de resultas de un alcance que yo le habia enviado ocultamente, habia torcido su camino á la derecha sin pasar mas adelante en el de Francia (1); que antes de resolver S. M. una medida de tan graves consecuencias, cual podia ser su retirada, seria muy grande acierto mandar se le prendiese y explorase; que por mas pruebas de lealtad que S. M. tuviese sobre mi conducta, no podria desconocer tantos y tan varios casos de ministros, que aun con menos motivos de interés que el que yo podia tener de conservar mi influjo, habian comprometido á sus soberanos, empeñándolos

(1) Era un dato enteramente falso que Izquierdo no hubiese seguido derechamente su camino; pero el astuto autor de aquel anónimo, contando un hecho verdadero, cual fué el de la estafeta que le alcanzó en el puente de Miranda del Ebro, llevaba la intencion de hacer creer que habia torcido su camino. Era imposible engañar al rey, que todo lo sabia; si S. M. lo hubiese ignorado, no hubiera sido imposible hacerle concebir sospechas, á lo menos sobre la conducta de Izquierdo.

en guerras destructoras, por mas que en todas las demas cosas se hubiesen mostrado fieles á su confianza, que la conservacion de la paz con el imperio francés era no tan solo un interés eminente, sino tambien una necesidad del reino, desconocida la cual, podria verse en gran peligro la corona; que S. M., á menos de un gran motivo poderoso, que no habia, no queria comprometerla á la ventura de una guerra temeraria, ni exponer por ella, á mas de su derecho, el de sus hijos y de su real linage por un desastre igual al de su propio hermano el rey de Nápoles, ó al reciente que en Portugal se habia causado por la fuga de sus príncipes; que la consternacion en que se hallaban sus vasallos, temerosos de un tercer suceso semejante, podria llevar hasta un extremo peligroso la lealtad tan acendrada con que amaban á sus reyes, y que por evitar aquel extremo, los que hacian aquella reverente exposicion, no sabiendo á quien podrian fiarse con seguridad para hacer subir hasta S. M. los verdaderos sentimientos de sus pueblos, los confiaban á aquel escrito, que llegado por un conducto fiel de su propia casa, pudiera alumbrarle, antes de que engañado por los que anteponian su interés propio al de la monarquía, se arrojase de buena fé á dar un paso que podria causar la ruina de S. M., la de toda su familia, y la de todos sus vasallos.

El rey, leído y releído aquel escrito muchas ve-

ces, halló en él sobradas pruebas de que el príncipe de Asturias hubiese al menos revelado á sus parciales la conversacion secreta que con él habia tenido, y el punto ya resuelto y convenido de la marcha. Dos penas le asaltaron, á cual mas penetrante, la primera el temor de que su hijo le engañase y le vendiese en situacion tan crítica; y la segunda, la amenaza que contenia el escrito: yo he referido muchas veces lo que podia sobre su alma toda idea, una vislumbre solamente de alborotos populares. En tamaña apretura de aflicciones, asi al rey como á la reina les pareció mejor, al pronto, guardar un cierto estudio con su hijo sin preguntarle cosa alguna. Ansiosos sin embargo de tener mas luz y de formarse alguna idea mas clara de aquella situacion en que se hallaban, preguntaron al ministro Caballero qué se decia en el Sitio, cuál era la opinion que dominaba sobre los sucesos, y qué noticias recibia sobre el estado de los ánimos. El ministro, lograda esta ocasion que estaba deseando para poner mas trabas al viage, respondió á SS. MM. que todo estaria en calma sin las especies que corrian de que tenian resuelto retirarse hasta Sevilla ó Cádiz; que esta especie habia causado un grande descontento y fermentaba mucho, sin que fuese fácil acallarla, ni menos desmentirla, «¿Y qué es
» lo que tú piensas finalmente en esta incertidum-
» bre y entre tantos temores y sospechas en que nos
» tiene Bonaparte? — Cuanto á dejar la corte, dijo

» Caballero , mi opinion es la misma que V. M. me
» ha permitido declararle muchas veces , que tal re-
»olucion no es otra cosa que la guerra , y por lo
»tanto es un mal cierto ; que , al contrario , la de
»quedarse y de mostrarse confiado , si puede ser un
»mal , es muy incierto é improbable. — Mas sin re-
»medio , si éste llega , replicó la reina , en vez que
»libres y campantes , podremos ó entendernos como
»antes con el emperador , sin ser sus prisioneros ,
»cual conviene á nuestro real decoro ; ó donde no ,
»si él intentase someternos á sus designios ambicio-
»sos , salvarnos y salvar la España. Yo tengo en
»ella mucha fé ; cuando no fuese por nosotros , sa-
»bria sacrificarse por su honor y por su propia in-
»dependencia. — Por VV. MM. mas que todo , » dijo
Caballero. El rey le replicó : « Tal vez dirias mejor ,
»que por Fernando. No es ahora tiempo de lison-
»jas , Caballero ; la herida que él nos hizo está ma-
»nando todavía. Mas , lo que quiera que nos ven-
»ga , nuestra partida está resuelta ; ve que me fio
»de tí.... acércate á Fernando , hazlo de modo que
»no crea que yo te envio , y explórame su ánimo. »
Caballero respondió entonces que aquel paso lo ha-
bia dado á precaucion , por si tal vez el descontento
general que se observaba podia tener algun apo-
yo en el palacio ; que hablando con S. A. , no habia
notado en él ninguna muestra por donde sospechar
que la inquietud tomase origen en su cuarto ; pero
que le fué fácil inferir que desde afuera entraba , y

que había algunos que probasen á excitar al príncipe á fin de que impidiese ó hiciese dilatar la proyectada marcha; que S. A., al parecer, se hallaba vacilando entre dos fuerzas poderosas, pero tan recatado en sus palabras, que le fué imposible averiguar si se encontraba en relaciones por fuera de palacio, ni menos sospechar con quien podría tenerlas. Instado por el rey que le dijese la verdad entera por mas amarga que esta fuese, protestó Caballero no haber podido, ni saber ni inferir mas de lo que ya habia dicho; y encareciendo su lealtad, declaró al rey, que uno de los motivos, y el mas fuerte que tenia para afirmarse en su consejo y desear no se intentase la partida, era el temor de un gran conflicto que podría ofrecerse, si llegado el caso de la marcha, S. A. flaquease en sus promesas. «Segun eso, »él te ha hablado, dijo el rey, de las promesas que »me ha hecho. — Todo me lo ha contado, dijo Ca- »ballero. — Y por supuesto, añadió el rey, á mí »no me ha creído. — A V. M. le cree, repuso Ca- »ballero, pero duda si á V. M. le han engañado. — »Velo aqui pues, exclamó el rey; Fernando está de »acuerdo con mis enemigos; y le mostró el anóni- »mo. Caballero, le dijo el rey, entre las penas que »me afligen, es la mayor el no saber á quien poder »fiarme, yo no te creo capaz de serme infiel, sabe, »averigua cuanto haya, y no nos desampares.» Poco después de este tristísimo coloquio, que el rey me refirió cual lo he contado, fué mi llegada al Sitio.

Era el dia 13, y las angustias se aumentaban de hora en hora por los diversos partes recibidos los unos tras los otros, de que los dos ejércitos franceses, el de Dupont y el de Moncey, se dirigian á un mismo tiempo, en movimiento combinado, hácia el camino de Madrid, las divisiones casi unidas, la marcha apresurada, sin mas descanso que el preciso, provistas de bizcocho y bastimento de viage para mas de una semana (1). Era preciso resolver-

(1) El parte del teniente general don Francisco Horcasitas, comandante general de Castilla la Vieja, recibido en Aranjuez el 13 de marzo, y del cual, como de diferentes otros partes, y de mi correspondencia con el estado mayor en aquellos dias, he podido adquirirme algunas copias literales, referia por extenso, que las tropas acantonadas en Palencia y en Río Seco se habian dejado caer por Valladolid pidiendo cien carros en las direcciones de Tordesillas y Medina del Campo; que para el dia 14 habian pedido otros quinientos diez y siete en los mismos parages sin designar el camino que deberian seguir; que desde el 11 debia ponerse en movimiento el ejército que mandaba Moncey, repartido en tres divisiones, con direccion, la primera, á Aranda de Duero, siguiendo la segunda por Lerma, Cogollos y demas pueblos inmediatos, y la tercera por Burgos; que las tres divisiones venian marchando á muy corta distancia las unas de las otras con provision completa para diez dias, y que habia sobrados datos para creer que la guardia imperial seguiria detras la misma ruta. Añadia tambien como un aviso importante para gobierno de S. M., que don Ignacio Sandoval, capitán de caballeria, destinado á observar y adquirir noticias en Miranda del Ebro, le escribia,

se, ó á partir sin mas tardanza, ó resignarse igno-blemente y consentir un rey de las Españas á entregarse, cuerpo y alma, á discrecion de un extranjero que aun sin pedir la venia ni aun por apariencia, se arrojaba hasta violar el último sagrado, el de sus reales residencias. La eleccion no admitia duda; ¿pero podria contarse con la tranquilidad, el miramiento y el respeto de la engañada muchedumbre? ¿Y el príncipe de Asturias, de cuyo nombre se hacia uso por tantas almas deslea-

que el general, gefe del estado mayor de la tercera division del ejército de Moncey, al paso por aquella villa, en una conversacion tenida con el corregidor le habia dicho, que debiendo seguir mas adelante las tropas, darian poca molestia en aquellos parages, y que todo iria bien entre las dos potencias, sin otra novedad que la adquisicion de las provincias del otro lado del Ebro para la Francia.

El mismo Horcasitas me dirigia, ademas de este parte, una esquelita muy pequeña en la que decia tener por cierto, que aquel movimiento tan acelerado de las tropas, cualesquiera que fuesen las órdenes que hubiesen llegado de París, habia sido producido mayormente por avisos recibidos de Madrid en el cuartel general, de que S. M. pensaba retirar su corte á Sevilla, y que los correos de la embajada francesa eran muy frecuentes aquellos dias, tanto mas propios para llamar la atencion de las personas de quien recibia los informes, cuanto mas procuraban aquellos disfrazarse como pasajeros que caminaban para Francia, afectando sin ninguna necesidad diferentes pretextos sobre el viage que hacian. Concluia en fin por aconsejarme con vehemencia que la retirada de S. M. fuese mas pronta.

les, con tan grandes motivos de temerse que le hubiesen seducido nuevamente, ó que le sedugesen ó le solevantasen todavía, se prestaria al viage dócilmente? ¿Se moveria un tumulto á la hora misma de la marcha, ó al verla disponerse? ¿Se gozaria Napoleon de ver de nuevo divididos padre é hijo, se empeñaria un combate de ambas partes, y estallaria un incendio que justificase su agresion con el pretexto de apagarle?

En tan extraña situacion, tan perentoria, tan premiosa, tan erizada de peligros cual podrá juzgarla cada uno, he aquí el consejo que dí al rey: llamar al príncipe de Asturias, poner de nuevo ante sus ojos el porvenir que amenazaba, y darle á que eligiese lo que estimára mas al caso para la salvacion de la corona y del Estado; ó bien el retirarse con S. M. como lo habia ofrecido, ó bien tomar sobre sus hombros el peso del gobierno y hacerse cargo de la España y de su integridad como lugarteniente suyo, para lo cual seria nombrado por su ausencia, con los poderes necesarios en lo militar y en lo político, sin mas reserva en esto que de velar S. M. en favor suyo, y proveer á la salud del reino, en plena libertad, por cuantos medios, dentro y fuera, se encontrasen á su alcance, si S. A. no bastase á contener las pretensiones del emperador de los franceses, y se llegase á ver amenazado ú oprimido. Este segundo extremo equivalia á abdicar el rey, si su hijo era feliz y conse-

guia salvar el reino sin empeñar la guerra con la Francia; pero valia esto mas que una corona para Cárlos IV, y yo sabia muy bien á quien le daba aquel consejo. Si al contrario, aquel medio salia mal, quedaba al menos la ventaja de que se hubiese hecho una experiencia, y que los pueblos con mejor aviso, sin la funesta banda que cubria sus ojos, se hubiesen adherido plenamente á su buen rey, y hubiesen acudido á la comun defensa con mayor resolucion y confianza de la que habrian tenido cuando se hallaban engañados, y lo esperaban todo del emperador de los franceses y del príncipe de Asturias.

El rey y la reina juntamente, no tan solo adoptaron mi consejo, sino lo aplaudieron con ánimo sincero vuelto á llenarse de esperanzas. Tomáronse una noche de intévalo. El rey quiso aguardar á que viniese el príncipe á la hora acostumbrada el dia siguiente; deseaba prepararse, y que su hijo no viniese preparado. A mí me dió la órden de estar listo para asistir á aquella escena cuando me llamase, sin admitirme excusa alguna.

A la vela de una batalla en que se habria de decidir la suerte de un imperio, ninguno habria sentido latir su corazon con mas vehemencia que sentia yo el mio al despuntar el dia siguiente. En mi manera de juzgar, debia salir de aquel abocamiento entre hijo y padre, ó su perfecta union para cerrar á Bonaparte las veredas que tomaba en

la prosecucion de sus designios, ó la perfecta libertad de Cárlos IV para poder salir sin conmociones de la plebe, y situarse y mantenerse de reserva á beneficio y en la guarda de sus reinos, si aceptando el mando el príncipe de Asturias, como era de temer con tanto fundamento, lo despeñaban sus caballos. Tanto como apretaban los avisos nuevos que venian, de encaminarse ciertamente á Somosierra, y Guadarrama las tropas imperiales, tanto las horas se me hacian pesadas para ver resuelta la partida, de un modo ú de otro tan urgente. Llegóme en fin la órden de que entrase, y de llevar todos los partes que se hubiesen recibido. Puedo decir que pocas veces habia visto á Cárlos IV tan dueño de sí mismo como estaba, tan afable, tan tranquilo, y tan completamente revestido de aquella magestad sin aderezo y sin estudio que le era natural, que sentaba tan bien á su persona, que lucia tan llenamente sin ofender la vista, y que imponia respeto sin forzarlo. La reina se esforzaba en contener sus emociones; sus ojos y su rostro, mas bien de madre que de reina. Fernando estaba pálido, la vista turbia y azorada.

El rey le habia mostrado ya el anónimo, y le siguió diciendo: «Conviene ahora que tú te impongas del contenido de los partes, juzgando por tí mismo la situacion en que nos vemos,» y mandándome entregarlos á S. A., pidióle los leyese.

Cuando acabó Fernando de leer, volvió á ha-

blarle Cárlos IV de este modo con un tono el mas pacífico: « Te he dicho ya que esta sesion no es para darte quejas ni para argüirte; no hay tiempo » ya para otra cosa que para ver el modo de salvar » la monarquía, y plegue á Dios que nos alcance. » Yo la creo en gran peligro si nos estamos quietos » y nos dejamos rodear por los ejércitos franceses: » otros podrán decirte, ó te habrán dicho, ó te dirán, ó tú podrás pensarlo, que nuestra retirada es » perdicion, y que me engaño ó que me engañan. » Cual de los dos sea el engañado podrá decirlo el » tiempo; pero no es esta la cuestion. Dos voluntades en contrario una de otra, esa es la ruina cierta. Te lo afirmo, te lo aseguro, como padre y » como rey, que no te haré ninguna culpa de que » pienses de otro modo que yo pienso; de una tan » sola cosa te la haria sin perdonarte, y es de que » me engañases, mas que fuese por temor ó por » respeto.

» En esta inteligencia, sin otra mira ni interes » que la salud del reino pendiente enteramente de » nuestra union de voluntades, voy á ofrecerte dos » partidos. Tú podrás tener datos de que yo carezca » y por los cuales estés cierto de que Napoleon viene de paz, sin pensamiento de oprimirnos ni de » imponernos sacrificios que menoscaben la corona.... Nó, no te pido cuenta, escúchame tranquilo. Si fuere asi, yo te propongo que te quedes en » la corte, libre y de retirarme mas adentro con

• un pretexto natural y verdadero, cual lo será el
• de consultar á mi salud, cuyo quebranto es bien
• sabido. Te nombraré entre tanto mi lugarteniente
• con plenas facultades en lo militar y en lo políti-
• co, sin otras condiciones que las de mantener la
• integridad del reino, no admitir tratados onero-
• sos á mis pueblos, ni consentir en cosa alguna
• que se oponga á nuestra santa fé católica. Tú for-
• marás tu corte y elegirás á quien quisieres para
• ayudarte en el gobierno, menos Escoiquiz é In-
• fantado, porque no es honor tuyo, ni puede serlo
• mio, poner al frente del gobierno aquellos que
• tan gravemente me han faltado á la lealtad que
• me debian. En cuanto á lo demas, bajo mi real
• palabra, yo los perdono desde ahora, á ellos y á
• todos, los que antes y despues me hubieren ofen-
• dido, pronto á volverlos á mi gracia cuando lo
• merezcan por su ulterior conducta. Si tuvieres la
• dicha de salir con alabanza de este encargo, te aso-
• ciaré al gobierno y partiré contigo el grave peso
• del reinado los dias que Dios me diere (que no
• podrán ser muchos) de vivir en este mundo. Si
• por desgracia yo no soy el engañado, y tú, Fer-
• nando mio, fueres el que se engañe, á tus espal-
• das quedo yo, para enmendar, si me es posible,
• cualquiera mal que venga. No creas que es mi
• intencion abandonar el reino y trasladarme á la
• otra parte de los mares; tú sabes el respeto que
• yo tengo á la verdad, y yo te afirmo que mi pro-

»pósito no es otro sino salvar el reino, ó por tu
»mano, ó por la mia, ó por las dos unidas. Si te
»faltase la fortuna, ó la firmeza y el acierto en la
»encomienda que pongo á tu eleccion, no te daré
»ninguna queja, no te haré ningun cargo, te am-
»pararás entre los brazos de tu padre, y uniéndote
»conmigo, apelaremos los dos juntos al honor y á
»la lealtad de nuestros pueblos. Ve aquí un campo
»de gloria, no imposible, que te abre tu buen
»padre sin ninguna envidia; para tí será esa gloria
»toda entera, si escuchare Dios mis ruegos. Pero
»si no te atreves á encargarte de esa empresa por-
»que te falte la certeza de un feliz suceso, vente
»conmigo de buen ánimo, véannos unidos nuestros
»pueblos, reprime esa faccion que se acredita con
»tu nombre, y que sin él no podria nada; no vean
»mis ojos un tumulto y un trastorno que podria
»apartarnos para siempre con deshonor de entram-
»bos y con gran ruina de la España.... Voy á aca-
»bar, contente todavía.... me queda por decirte
»que esta resolucion no la he tomado de mi solo
»acuerdo, y que el que ves aquí presente, sí, Ma-
»nuel, es quien me la ha iuspirado; es una cir-
»cunstancia que podrá aumentar tu confianza. Vé-
»le aquí pronto á desnudarse de todos sus empleos,
»de ese poder que le habia dado y le ha traído tan-
»tas enemistades y tanto golpe de calumnias. Re-
»suelve pues ahora, tú eres libre; mas sin buscar
»consejo ageno, el de tu corazon tan solo. Sea lo

» que fuere lo que elijas, cuenta con el afecto de
 » tu padre y de tu madre. »

El príncipe Fernando habia querido interrumpir dos ó tres veces á su padre con las señales mas vehementes de una emocion profunda, y ciertamente en aquel acto era Fernando enteramente de su padre. No eran compuestas, no eran falsas las lágrimas que le saltaban de los ojos, ni aquella agitacion con que temblaba de sus miembros, ni aquel tono de voz, con que postrado y abrazado á las rodillas del augusto anciano, le decia: « Yo no
 » tendré jamas mas voluntad, ni mas objeto, ni mas
 » amigo, ni mas dueño que mi padre; yo seré mas
 » feliz obedeciendo ciegamente á un padre tan *divi-*
 » *no* (expresion suya de aquel dia) que el Señor
 » me ha dado; que mandando, si Dios me le arre-
 » bata por castigo de mis culpas. ¿ Quien soy yo,
 » qué valgo yo, para tomar las veces de V. M. ni
 » para imponer respeto á Bonaparte? Yo soy bastan-
 » te jóven todavia y me podré aplicar para enten-
 » der mejor la historia y la política; pero ahora no
 » soy nada; menos que nada, padre mio. Yo segui-
 » ré hasta el fin del mundo á VV. MM., adonde
 » quiera que mandaren; yo no sabia hacer nada
 » fuera de su lado, » y otras mil cosas á este modo que parecian tocar en desvarío. Del mismo modo con la reina; besábales las manos y las bañaba con su llanto. Y á mí tambien me dió un abrazo y otro abrazo, y me decia: « Tú eres mi amigo verdade-

»ro, mi corazon es tuyo; yo seria el hombre mas
»injusto si te estimara un punto menos que mi pa-
»dre, ¿quien me vendrá á decir ahora que tú que-
»rias quitarme la sucesion de la corona? Tú eres el
»ángel de la guardia de esta casa, tú salvarás el
»reino, como lo has salvado tantas veces.»

Es cosa cierta para mí que el príncipe Fernan-
do salió del cuarto de su padre resuelto á la parti-
da, y aun me inclino á pensar que dió algun paso
con ánimo sincero para acallar á sus parciales.
Fuera que asi lo hubiese hecho, fuese que lo ex-
ploraran tantos emisarios que en aquellos dias ron-
daban el palacio, fuese tambien que su mentor de
aquellos dias, el memorable infante don Antonio,
que andaba siempre á las escuchas, le hubiese son-
sacado y pervertido nuevamente, lo cierto fué que
al otro dia se murmuraba ya en Madrid con gran
misterio aquella plática entre algunos, creciendo
en tanto los rumores de que se aparejaba la parti-
da, y emponzoñadas estas nuevas con la idea de
que la real familia, toda entera, debia pasar el
mar como la portuguesa, mal que lo resistiera y
se opusiese el príncipe de Asturias. A ése no hay
duda de que le volcaron haciéndole creer que las
propuestas de su padre no fueron otra cosa que
una trampa, de idea mia, para saber su pensamien-
to y oprimirle, si no se resignaba ciegamente á la
obediencia. Sabido fué á lo menos, que ya subido
al trono contaba á sus amigos, que su libertad y

*

su existencia habian corrido un gran peligro aquellos dias, pero que Dios le habia inspirado la manera de evitar el lazo y de salvarse. (1).

Por de contado, sin perder mas tiempo, y con la perfecta anuencia del rey, hice dirigir en los dias 14 y 15 á los generales Solano y Carafa, las postreras órdenes difinitivas; al primero para enlazar su movimiento sobre Talavera y Toledo con el que habian de hacer en la misma direccion los principales cuerpos de la guarnicion de Madrid; al

(1) De aquella postrera tentativa de conciliacion á que se prestaron los reyes con su hijo por consejo mio, no sé que haya sido hecha mencion alguna por los que en España han escrito de aquellos sucesos; lo cual no es de extrañar, lo primero por haber sido muy secreta, y lo segundo, porque mis enemigos que escribieron en aquella época, acusadores, parte, testigos y jueces á un mismo tiempo, lejos de ganar, se hubieran hecho mucho daño en contar aquellos nobles esfuerzos de Cárlos IV, tan impiamente frustrados. No así en Francia, adonde el embajador dirigió una prolija relacion de aquel hecho, sobre el cual fundó Napoleon uno de los argumentos que me hizo en Bayona, de haberle sido hostil hasta los postreros momentos en que tuve el mando. Asi es que algunos escritores franceses han hecho mencion de aquella escena de Cárlos IV con su hijo, entre ellos mayormente Mr. Desmarest, que en mejor posicion que otros muchos para recoger datos y noticias muy interiores, la ha contado, aunque sucintamente, muy aproximada á la verdad, en su obra titulada, *Témoignages historiques, ou quinze ans de haute police sous Napoleon*, pág. 203 y 204.

general Carafa, para acelerar, á marchas forzadas, la salida que tenia lista de los cuerpos de la division de Galicia, con las precauciones convenientes, y en la direccion mas segura y mas pronta posible para incorporarse con las demas tropas al mando de Solano, haciendo acudir al mismo tiempo á las inmediaciones de Talavera los cuerpos de caballería y la compañía de artilleros que aun permanecian en Extremadura, excusándose y excusando siempre al Gobierno con el general Junot, cuando llegase á saber estos movimientos, con la necesidad de acudir á los puntos amenazados en las cercanías de Cádiz, y procurando, si le era posible, hacerle que cediese, con el mismo pretexto, algunos de los cuerpos españoles que se hallaban incorporados con el ejército frances de su mando. Con las mismas fechas, reiteradamente de 14 y 15, dirigí tambien á los gefes del estado mayor, que aun permanecia en Madrid, la órden de hacer salir para Aranjuez, evitando en lo posible el estrépito, los guardias de corps, los regimientos de guardias españolas y valonas, los escuadrones de carabineros, la brigada de artillería, los dragones del rey, los voluntarios de Aragon, los granaderos provinciales y los escuadrones de mi guardia, dejando en Madrid la parte de tropas necesaria para el servicio de la plaza, apostando entre Madrid y el Sitio el regimiento de dragones de Lusitania para avisos y patrullas, y haciendose situar provisionalmente en

Pinto el regimiento de voluntarios de estado; en Valdemoro, el de América; y en Colmenar de Oreja, los zapadores minadores. Reconociendo al mismo tiempo la necesidad de hablar al pueblo sobre aquellos movimientos, y serenar por algun modo las inquietudes de los ánimos, viendo por otra parte lo mucho que importaba que el rey no fuera quien hablase mientras no pudiese hacerlo sin las reservas y cautelas que eran necesarias todavía para disimular y no romper con los franceses; cierto tambien, como debia yo estarlo, de que mi voz no podria nada, mientras no revelase los motivos poderosos que asistian al rey para internarse, motivos que al decir y propalar de mis contrarios, no eran mas que sugeriones y ficciones mias para salvar mi poderío y oscurecer y derrocar al príncipe de Asturias; acordándome en fin de los ofrecimientos que me hicieron poco antes en Madrid los consejeros de Castilla, casi todos, de concurrir eficazmente á las medidas que adoptase el rey para salir con bien de aquella crisis, imaginé seria mejor se encomendase por el pronto á aquel Consejo, ó á su gobernador, hacer un breve manifiesto al pueblo de Madrid (como aun en casos mucho menos graves solia hacerse), en el que sin faltar á la verdad, empero paliados los motivos especiales del viage por otros igualmente verdaderos, tranquilizase al pueblo, sin alarmar á los franceses. Bien recibida y aprobada por el rey esta medida momentánea,

S. M. me dijo no tener por conveniente que al ministro Caballero, por mas que le tocasse promoverla y hacerla ejecutar, se le diera aquel encargo, visto ser tan contrario de opinion, como se habia mostrado y se mostraba todavía, á la mudanza de la corte. Yo que tenia por cierta la concurrencia del Consejo en cuanto fuese de importancia para el bien de la corona, y mucho mas en una cosa tan pequeña, y ademas tan propia de su cargo, urgiendo los instantes tanto como urgian, encomendé á los mismos gefes del estado mayor que viesen de entenderse para aquel objeto con el decano del Consejo, sin omitir el declararle ser la voluntad del rey que aquel servicio fuese hecho sin tardanza cual lo pedian las circunstancias. Para mayor facilidad junté á mi carta una minuta sobre las especies que podrian tocarse, y eran, á poco mas ó menos, las siguientes, á saber: «que »dirigiéndose hácia el centro del reino diferentes »cuerpos de tropas imperiales que podrian tocar »de paso en Madrid, ó en sus inmediaciones y en »los reales sitios, si bien, atendidas las seguridades »que debia ofrecer la perfecta amistad no inter- »rumpida en modo alguno entre S. M. y su inti- »mo aliado el emperador de los franceses, no cabia »poner duda acerca de sus designios pacíficos, no »podia prescindir S. M. de trasladar su corte momentáneamente, por convenir asi al decoro que »es debido y que se guarda en tales casos (aunque

» sea solo por la forma y entre príncipes amigos)
» á la suprema dignidad y á la completa indepen-
» dencia de las testas coronadas; que bajo aquel con-
» cepto, y con la idea tambien de precaver des-
» avenencias y disgustos de etiqueta que tan fre-
» cuentemente se ocasionan en la concurrencia,
» sobre un mismo punto, de tropas nacionales y
» extranjeras, habia resuelto el rey llevar consigo
» las que no fuesen del todo necesarias para el servi-
» cio de Madrid y de los reales sitios; que esta re-
» solucion, lejos de ser hostil á su aliado, era una
» prueba mas de la delicadeza de S. M., que desea-
» ba prevenir todo peligro de discordia ó de mala
» inteligencia entre las dos naciones; que aquella
» ausencia pasagera no debia impedir de modo al-
» guno su entrevista con el emperador, del modo
» y en la forma que entrambos soberanos se dig-
» nasen concertarla, entrevista muy deseada por el
» rey para corroborar personalmente los mutuos
» sentimientos de amistad que deberian mancomu-
» narlos en beneficio de sus pueblos, y proveer de
» un mismo acuerdo cuanto cumpliese á la comun
» defensa y á la paz tan deseada; que afirmando
» S. M., bajo su real palabra, no ser otros sus de-
» seos y propósitos mientras su amigo y aliado se
» mostrase poseido de iguales sentimientos, debian
» tranquilizarse sus vasallos, y desechar los pérfi-
» dos rumores con que los enemigos de la paz po-
» drian turbar sus ánimos, ciertos en tanto, cual

» debian estarlo, de que en ninguna cosa pondria
» S. M. tanto conato como en robustecer y hacer
» mas firme, quanto estuviese de su parte, aquella
» misma paz que los habia librado durante tantos
» años de las revoluciones, los trastornos y las rui-
» nas que habian atribulado tantos pueblos de la
» Europa; ciertos tambien de que S. M. fiaba gran-
» demente en su fidelidad y en su asistencia para
» continuar aquella dicha, y sostener á todo trance
» contra toda suerte de enemigos aquel estado fa-
» vorable, en que, gracias al divino auxilio, entre
» tantas caidas de pueblos y de reinos, se conser-
» vaba España ilesa en los dos mundos. »

No era posible hablar mas claro todavía, por-
que el rey no estaba libre, y porque puesto en
salvo y bien parapetado, como yo me habia pro-
puesto, aun era de esperar que el ambicioso em-
perador retrocediese en sus designios. A la Fran-
cia, no menos que á la España, hubiera hablado
por el pronto lo bastante aquel sencillo manifiesto
sin herir á nadie sino á los malvados que pervertian
el juicio de los pueblos. Mas. ¡quién lo habria
creido! ya la tiniebla espesa que aquellos exten-
dian habia ganado hasta el recinto, hasta el asien-
to, casi augusto, del Consejo de Castilla!... negóse
á dar el bando!... Y las legiones de la Francia se
asomaban ya á los puertos; y los malos amigos de
Fernando pedian albricias y decian con pecho fir-
me, que eran las huestes protectoras de aquel prín-

cipe; y el pueblo lo creia; y al pueblo lo irritaban, porque yo debia llevarme y eclipsar aquel lucero matutino de la España y declarar la guerra á los que caminaban con afan haciendo dobles marchas, para llegar con tiempo á entronizarle; y porque no faltase medio alguno de cegar los ánimos, se hacian correr de mano en mano el voto del Consejo; y á los soldados que acudian leales adonde los llamaba su buen rey, se les decia que yo queria empeñarlos en una guerra desastrosa; y se afilaban los puñales, y se compraba con el oro de un viejo infante de Castilla la sedicion y el desenfreno en los portales mismos del palacio; y á aquel, á aquel tan solo que aun no desesperaba de poder salvar la independenciam de su patria y de sus reyes, á aquel que trabajaba, á todo riesgo, por salvarla, aquel, aquel debia caer bajo la maldicion y los sarcasmos del pueblo castellano!

FIN DEL TOMO QUINTO.

DOCUMENTOS

CITADOS

EN ESTE QUINTO TOMO.



I.

Carta mia á don Eugenio Izquierdo, mandándole devolverme la que le habia entregado para el emperador de los Franceses.

Mi estimado Izquierdo: he pensado mejor sobre la presentacion de mi carta al emperador, y veo me compromete demasiado con las provincias y el reino si acaso se hiciese mal uso de ella. Devuélvame V. con ésta, y *en caso necesario* haga uso, para negociar, de las especies de la del rey, y aun de las que contiene esa; pero no las sugiera V., y deje tiempo á que se las propongan. Aviseme V. de todo con oportunidad.

Son las tres y media de la tarde. Adios: es de V. afectísimo,

MANUEL.

Madrid y marzo 11 de 1808.